

El caballero hace muy bien en venir á Worms. No tienen razon en desdeñar á Worms. ¿Sabeis, caballero, que Worms es la cuarta ciudad del gran ducado de Hesse? Que Worms es cabeza de canton? ¿Que Worms posee una guarnicion permanente, caballero, y un gimnasio, caballero? En ella se cultiva el tabaco, el azúcar de Saturno, el vino, el trigo y el aceite. Hay en la iglesia luterana un precioso fresco de Seekatz, trabajo de los buenos tiempos 1710 ó 1712. Id á verlo, caballero. Worms tiene buenos caminos bien construidos; el camino nuevo, la Gaustrasse, que vá á Maguncia por Hessloch, y el camino del Mont-Tonnerre por el valle de Zell. La antigua via romana que costea el Rhin es tan solo una curiosidad. Puedo aseguraros, no sé si sereis de mi opinion, que para mí no tienen ningun atractivo las curiosidades. Antigüedades, bobadas. Desde que estoy en Worms aun no he ido á ver ese famoso Rosengarten, su jardin de rosas, donde su Sigefroi, segun dicen, mató su dragon. Ridiculeces! ¡Majaderias estúpidas! Despues de Voltaire, ¿quién cree en esos cuentos de vieja? Oh! ¡Triste humanidad! ¿Hasta cuándo te dejarás arrastrar por tonterías? ¿Es que Sigefroi ha existido? Es que el dragon ha existido? ¿Habeis visto en vuestra vida algun dragon, caballero? Cuvier, el sábio Cuvier, vió dragones? Por otra parte, ¿es eso posible? ¿Hay algun animal, vaya, hablemos seriamente, hay algun animal que pueda arrojar fuego por la nariz y por la boca? El fuego lo desorganiza todo; empezaria, caballero, por reducir á cenizas al infortunado animal. ¿No lo creéis así? Eso son groseros errores. El espíritu no puede ser agitado con lo que no puede ser creído. Esto es de Boileau. Fijad en esto la atencion. Es de Boileau: —Y pronunciaba *poilu*.—Es como su árbol de Lutero. No tengo mucho más respeto por su árbol de Lutero, que se vé yendo de Alzey para el Pfalzerstrasse, el antiguo camino palatino. Lutero! ¿Qué es para mí Lutero? Un volteriano compadece á un luterano. Y respecto á su iglesia de Nuestra Señora, que está fuera de la puerta de Maguncia, con su fachada de las cinco vírgenes prudentes y las cinco vírgenes locas, yo solo la aprecio á causa de su viñedo, que dá el vino *liebfrauenmilch*. Bebedle, caballero, que lo hay excelente en esta posada. ¡Ah, francés! Vosotros sabeis vivir. Y probad tambien, creedme, el vino de Katterloch y el vino de Lugisland. A fé mia, yo ven-

dria á Worms nada más que por tres vasos de estos tres vinos.

Se detuvo para respirar, y uno de los fumadores aprovechó la pausa para decir á su vecino:

—Señor mio, yo jamás cierro mi inventario de fin de año con menos de siete cifras.

Esto era sin duda respuesta á una pregunta que el otro fumador habia hecho antes de mi llegada, pues dos fumadores, y dos fumadores alemanes, no se cuidan nunca de apresurar el diálogo; la pipa les absorbe; la conversacion vá á tientas entre la humareda, como Dios quiere.

Esta humareda me sirvió: concluida mi cena, y gracias á la niebla que extendieron las dos pipas, pude desaparecer sin ser visto, dejando al que estaba perorando que se las hubiese con los fumadores y el diálogo que continuase entre las bocanadas de las palabras y las bocanadas del tabaco.

Se me instaló en una habitacion bastante bonita, limpia, lavada y fria, de cortinas blancas en las ventanas y servilletas blancas en la cama. Y digo servilletas, ¿sabes por qué? porque lo que nosotros decimos un par de sábanas no existe en las orillas del Rhin. Esto hace que las camas sean muy grandes. El efecto es el más extravagante del mundo: los que han construido los colchones han previsto á los patagones; los que han cortado el lienzo han previsto á los lapones. Ocasión para echar un párrafo de filosofía. El viajero vulgar y fatigado acepta el tiempo como Dios se lo dá y la cama como la criada se la hace.

Mi habitacion estaba amueblada á la buena de Dios, como están en general los cuartos de las posadas. Hay ciertos viajeros que se llevan y otros viajeros que olvidan; esto crea no sé qué flujo y reflujo, del que se resiente el mobiliario de las habitaciones de la hosteria. Por este motivo, entre las dos ventanas habia sido sustituido un canapé por dos cojines colocados sobre una gran maleta de madera, que positivamente se la dejó allí olvidada algun viajero. A un lado de la chimenea, en un clavo, estaba colgado un pequeño barómetro portátil de bronce; al otro lado no quedaba más que el clavo, en el cual debió figurar en otro tiempo el *pendant* natural, algun termómetro manuable y cómodo, probablemente sustraído por algun viajero poco escrupuloso. En esta misma chimenea, entre dos ramos de flores artifi-

ciales colocados en vasos, como se hace en la calle de San Dionisio, habia un verdadero jarron antiguo de tierra basta, encontrado sin duda en alguna excavacion de las cercanías, una especie de copa romana de ancho recipiente, como las que se desentierran en Sologne, en las orillas del Sauldre; jarron bastante bueno, aunque no tenia ni la pasta de los jarrones de Nola, ni la forma de los jarrones de Bari.

A la cabecera de la cama, en un cuadro de madera negra, colgaba una de esas estampas que se estilaban cuando el imperio, y de las que nuestra calle de Saint-Jacques inundó toda la Europa hace cuarenta años. Por bajo de la imágen estaba grabada esta inscripcion, de la cual conservo hasta la ortografía: "*Blanca y su amante huyendo hácia Florencia á traves de los Apeninos. El temor deser perseguidos les ha hecho elegir un camino poco frecuentado, donde bajan perdidos muchos dias. La joven Bianca, al verse con los pies desgarrados por las raices y las piedras, se hace un calzado con plantas.*"

Al dia siguiente me paseé por la ciudad.

Vosotros, parisienses, vosotros de tal suerte estais acostumbrados al espectáculo de una villa en crecimiento perpétuo, que habeis acabado por no reparar en nada. Alrededor vuestro crece como una continúa vegetacion de carpintería y de piedra. La villa se desarrolla como un bosque. Diríase que los cimientos de vuestras viviendas no son cimientos, sino raices; raices vivas, por donde la savia circula.

La casita se convierte en caserón, de una manera tan natural, á lo que parece, como la jóven encina se convierte en árbol magnífico. Ois casi noche y dia el martillo y la sierra, la grúa que se yergue, la escala que se lleva, el andamiaje que se pone, la garrucha y la cábria, la maroma que grita, la piedra que sube, el ruido de la calle que se embaldosa, el ruido del edificio que se construye. Cada semana se hace un nuevo ensayo; asperón tallado, lava de Volvich, macadán, enlosado de betun ó embaldosado de madera. Os ausentais dos meses, y á vuestro regreso lo encontráis todo cambiado. Delante de vuestra puerta habia un jardin, ahora hay una calle; una calle completamente nueva y completa, con casas de ocho pisos, tiendas en los pisos bajos, habitadas de arriba abajo, con mujeres en los balcones, escombros en medio de la calle y muchedumbre en

las aceras. Al ver esto no os restregais los ojos, no os admirais del milagro, no creéis soñar despiertos. No, no; lo encontráis todo muy sencillo. Y á la verdad, qué es lo que se ha hecho? Una calle nueva; hélo ahí todo. Solo una cosa os admira; el inquilino del jardin tenia celebrado un contrato de arrendamiento; cómo se ha arreglado esto? Un vecino os lo explica. El inquilino pagaba mil quinientos francos de alquiler; se le han dado cien mil francos por irse y se ha ido. No puede ser más sencillo. ¿Dónde se detendrá este crecimiento de Paris? quién puede decirlo? Paris ha rebasado ya cinco circuitos fortificados, y se habla de rebasar el sexto; antes de medio siglo lo habrá llenado; despues irá más lejos. Cada año, cada dia, cada hora, por una especie de lenta é irresistible infiltración, la villa se esparce en los arrabales, y los arrabales se convierten en villas, y todo viene á formar parte de la ciudad. Y, lo repito, esto no os admira nada á vosotros, parisienses. ¡Dios mio, la población aumenta, es preciso que la villa crezca! Qué os importa? Vosotros á vuestros negocios. Y qué negocios! Los negocios del mundo. Anteayer una revolucion, ayer un motin, hoy el grande y santo trabajo de la civilizacion, de la paz y del pensamiento. ¿Qué os importa el movimiento de las piedras en vuestro término municipal á vosotros, parisienses, que haceis el movimiento de los espíritus en Europa y en el universo? Las abejas no miran la colmena, miran las flores; vosotros no mirais vuestra villa, mirais las ideas.

Y vosotros ni aun pensais, en medio de ese formidable y viviente Paris, cómo la gran villa se ha hecho villa gigante, y cómo hay ciudades que decrecen y mueren.

Worms es una de esas ciudades.

Ay! Roma es la primera de todas; Roma, que se os parece; Roma, que os ha precedido; Roma, que ha sido el Paris del mundo pagano.

Una ciudad que muere! Hecho triste y solemne. Las calles se destruyen. Donde habia una hilera de casas ya no hay más que una muralla; donde habia una muralla ya no hay nada. La yerba reemplaza al pavimento. La vida se retira hácia el centro, hácia el corazon, como en el hombre que agoniza. Las extremidades son las primeras que mueren; en los hombres los miembros, en las ciudades los arrabales. Los sitios desiertos pierden las casas, los sitios habitados pierden las

clases. Las iglesias se hunden, se deforman ó se convierten en polvo, no por falta de creencias, como en nuestros hormigueros industriales, sino por falta de creyentes. Barrios enteros caen en desuso. Se hace casi extraño pasar por ellos, y vienen á instalarse en su recinto especies de colonias salvajes. Aquí ya no es la ciudad la que se esparce en la campiña, es la campiña la que entra en la ciudad. Se desmonta la calle, se cultiva la encrucijada, se trabaja en el umbral de las casas; los hoyos profundos que hacen los carros de la limpieza cava y trastorna los antiguos empedrados; las lluvias forman balsas delante de las puertas; la cháchara discordante de los corrales reemplaza los rumores de la multitud. De un lugar reservado en las ceremonias imperiales se hace un campo de lechugas. La iglesia se convierte en granja, el palacio en cortijo, la torre en palomar, la casa en barraca, la tienda en parada, el estanque en balsa, el vecino en aldeano; la ciudad está muerta. Por todas partes la soledad, el fastidio, el polvo, la ruina, el olvido. Por todas partes, en las plazas desiertas, en los transeuntes embozados y silenciosos, en los rostros tristes, en los lienzos de pared desplomados, en las casas bajas, mudas y raras, la mirada del pensamiento cree ver proyectarse las largas y melancólicas sombras de un sol que se hunde en el ocaso.

A pesar de todo esto, á causa de todo esto quizás, Worms metida dentro de un cuadro por el doble horizonte de los Vosgos y del Taunus, bañada por su hermoso río, sentada entre las innumerables islas del Rhin, rodeada de su circuito decrepito de murallas y de su fresco cinturón de verdura, Worms es una bella, curiosa é interesante ciudad. En vano he buscado la parte de la ciudad edificada fuera de esa línea de muros y de torres cuadradas, que desde la puerta de San Martín iba á cortar el Rhin en ángulo recto. Ese arrabal ya no existe. Yo no he encontrado ningún vestigio de la Neu-Thurm, que venia á terminar el extremo oriental con su flecha aguda y sus ocho torrecillas. No queda piedra sobre piedra de esa magnífica puerta de Maguncia, que estaba próxima á la Neu-Thurm, y que con sus dos altas atalayas, vista desde el Rhin entre los campanarios, se parecía á una iglesia, y vista desde la llanura entre las torres se parecía á una fortaleza. La pequeña nave de San Amando ha desaparecido, y respecto á Nuestra Señora, en otro tiempo tan

estrechamente oprimida por las casas y los techos, hoy está en medio del campo. Delante de la portada de las vírgenes prudentes y de las vírgenes locas, jóvenes que son bellas como las prudentes y alegres como las locas extienden en el prado su ropa blanca lavada en el Rhin. Entre los contrafuertes exteriores de la nave, viejos sentados en las ruinas se calientan al sol. *Aprici senes*, dice Persio; *solibus apti*, dice Horacio.

Caminaba yo sin rumbo fijo por las calles, cuando de pronto me deslumbró un elegante del país que pasó casi por mi lado. Este intrépido joven llevaba heroicamente un sombrero de copa ancha y baja y de pelo largo, y un pantalón ancho sin trabillas y que no bajaba más que hasta el tobillo. En cambio, el cuello de su camisa, tieso y almidonado, le subía hasta la mitad de las orejas, y el cuello de su frac amplio, pesado y forrado de busarán, le subía hasta el occipucio. Si tuviese que juzgar por esta muestra de lo que es la elegancia en Worms, diría que la forma un chapucero vestido con los trapitos de los días de fiesta, sin tener la mirada espiritual y satisfecha, ni la alegría perfecta é ingénuu. Al momento me he acordado que este era el vestido de gala de los elegantes en tiempo de la Restauración. Tú sabes que yo no desdén ningún detalle y que para mí todo lo que toca al hombre revela al hombre. Yo examino el traje como estudio el edificio. El traje es el primer vestido del hombre, la casa es el segundo. El elegante de Worms, anacronismo viviente, me ha puesto ante los ojos todos los progresos que ha hecho el traje en Francia, y por consecuencia en Europa, desde hace veinte años, gracias á las mujeres, á los artistas y á los poetas. Los vestidos de las mujeres, tan risiblemente feos en tiempo del imperio, se han vuelto completamente encantadores. Los vestidos de los hombres han mejorado mucho. El sombrero ha adquirido una forma más alta y las alas son más anchas. El frac ha recobrado los grandes faldones y el cuello bajo, lo que favorece á los hombres bien formados desarrollando las caderas y desembarazando los hombros, y disimulando en los hombres mal hechos el enflaquecimiento y delgadez de los miembros. Se ha abierto y bajado el chaleco; se ha inclinado hácia abajo el cuello de la camisa; se le ha vuelto á dar al pantalón, esa cosa horrible, cierta forma con la trabilla. Todo esto está bien, pero aun podría estar mejor. No estamos le-

jos, por lo que afecta á la gracia y á la invención en la manera de vestir, de aquellas refinadas elegancias de Francisco I, de Luis XIII y hasta de Luis XV. Nos queda todavía que dar algunos pasos hácia lo bello y hácia el arte, del cual forma parte el traje, y esto es tanto más dudoso, cuanto que la moda, que es la fantasía sin pensamiento, camina indiferentemente adelante ó atrás. Para echarlo todo á perder basta y sobra con un necio rico y joven acabadito de llegar de Londres. ¡Quién te dice que no veremos reaparecer los sombreros pequeños y de pelos largos, los grandes cuellos tiesos, las mangas ahuecadas, los faldones de los fracs en forma de alas de pichón, las altas corbatas, los chalecos cortos y los pantalones hasta el tobillo, y que mi grotesco elegante de Worms no volverá á ser un elegante de París! *Di, talem avertite vestem*.

La catedral, como las de Bonn, Maguncia y Spira, pertenece á la familia romana de las catedrales de doble ábside, magníficas flores de la primera arquitectura de la Edad Media, que son raras en toda Europa, y que parecen espaciarse preferentemente en las orillas del Rhin. Este doble ábside engendra necesariamente cuatro campanarios, suprime los frontis de las fachadas y deja subsistir solamente los frontis laterales. La parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes locas, ya esculpida en Worms en uno de los tímpanos de Nuestra Señora, está reproducida en el frontis meridional de la catedral. Asunto precioso y profundo, elegido con frecuencia por los escultores de las épocas sencillas, que eran todos poetas.

Cuando se penetra en el interior de la iglesia, la impresión es á la vez variada y fuerte. Los frenos bizantinos, las pinturas flamencas, los bajo-relieves del siglo trece, las excelentes capillas del gótico florido, las tumbas neo-paganas del renacimiento, las cartelas delicadas esculpidas en los declives de los arcos torales, los escudos de armas iluminados y dorados, los intercolumnios poblados de estatuitas y figuritas, forman uno de esos conjuntos extraordinarios en donde todos los estilos, todas las épocas, todos los caprichos, todas las modas y todas las artes aparecen á la vez. Las rocallas exageradas y violentas de los últimos príncipes-obispos, que eran á la vez arzobispos de Maguncia, presentan en los rincones ingeniosas coqueterías. Aquí y allí anchos lienzos de pared, en otro tiem-

po pintada y adornada, hoy desnuda, entristecen la mirada. Esas paredes desnudas son progresos del gusto. Esto se llama sencillez, sobriedad, ¿qué se yo? Vamos! que el "gusto," tiene mal gusto! Felizmente el bosque de arabescos y de adornos que llena la catedral de Worms es demasiado frondoso para que el gusto haya podido destruirle enteramente. A cada paso se encuentran magníficos restos. En una gran capilla baja, que sirve, según creo, de sacristía, he admirado muchas maravillas del siglo quince, una piscina bautismal, urna inmensa, sobre cuyo circuito está figurado Jesús rodeado de los apóstoles, los apóstoles pequeños como niños y Jesús grande como un gigante; muchas páginas esculturales sacadas del Antiguo y Nuevo Testamento, vastos poemas de piedra que se ajustan mejor como cuadros que como bajo-relieves; en fin, un Cristo en cruz casi de tamaño natural, obra que obliga á articular exclamaciones y á que se sueñe con ella; tanto la delicadeza curiosa y perfecta de los detalles se amalgama, sin perjudicarla, á la dignidad sublime de la expresión.

En una plaza estrecha, bastante sombría y muy fea, á algunos pasos de la catedral de Worms, al lado de ese maravilloso edificio que se permite tener la altura, la profundidad, el misterio, el color y la forma que reviste un pensamiento imperecedero y eterno de todo ese prodigioso lujo de imágenes y de metáforas de granito, completamente al lado, digo—como la crítica al lado de la poesía—una pobre iglesia luterana, cubierta con una ruin cúpula romana, embozada con un desdichado frontispicio griego, blanco, cuadrado, anguloso, desnudo, frío, triste, lúgubre, enojoso, bajo, envidioso, protesta.

Al releer las líneas que acabo de escribir me dan tentaciones de borrarlas. No te equivoques, amigo mío, y no veas en ellas lo que yo no he querido decir. Es una opinión de artista sobre dos obras de arte, ni más ni menos. Guárdate de ver en ellas un juicio entre dos religiones. Toda religión es para mí venerable. El catolicismo es necesario á la sociedad, el protestantismo es útil á la civilización. Y sobre todo, insultar á Lutero en Worms sería una doble profanación. Casualmente en Worms es donde el gran hombre ha sido grande. No; jamás la ironía saldrá de mi boca en presencia de esos pensadores y de esos sábios que han sufrido por lo que ellos han

creído lo bueno y lo verdadero, y que han gastado generosamente su genio para acrecentar, éstos la fé divina, aquellos la razon humana. Su obra es santa para el universo y sagrada para mí. Dichosos y benditos aquellos que aman y creen, aunque hagan, como los católicos, de toda filosofía una religion; aunque hagan, como los protestantes, de toda religion una filosofía.

Mannheim está solamente á algunas leguas de Worms, en la otra ribera del Rhin. Mannheim apenas tiene, á mis ojos, otro mérito que haber nacido el mismo año que Corneille, en 1606. Doscientos años, para una ciudad, es la adolescencia. Así que es toda nueva. Los buenos burgueses que toman lo regular por lo bello y lo monótono por lo armonioso y que admiran con todo su corazon la tragedia francesa y la parte de piedra que tiene la calle de Rívoli, admirarian mucho á Mannheim. Esto es pesado. Hay treinta calles y no hay más que una calle; hay mil casas y no hay más que una casa. Todas las casas son idénticamente parecidas, todas las calles se cortan en un ángulo recto. En todas partes hay limpieza, sencillez, blancura, alineamiento á cordel; es esa belleza del tablero de damas de que te he hablado en alguna parte.

Tú sabes que Dios es para mí el gran artífice de antítesis. Ha hecho una y de las mas completas colocando á Mannheim al lado de Worms. Aquí la ciudad que muere, allí la ciudad que nace; aquí la Edad Media con su suavidad tan armoniosa y tan profunda; allá el gusto clásico con todo su aburrimiento. Mannheim llega, Worms se vá; el pasado está en Worms, el porvenir en Mannheim. (Aquí abro un paréntesis. No deduzcas de esto, sin embargo, que el porvenir sea del gusto clásico.) Worms tiene los restos de una vía romana, Mannheim está entre un puente de barcas y un camino de hierro. Ahora es inútil que yo te diga á cuál prefiero; tú no lo ignoras. Tratándose de ciudades, prefiero las viejas.

Yo por eso no admiro menos esa rica llanura en donde Mannheim está sentada, y que tiene una anchura de diez leguas entre las montañas del Neckar y las colinas del Freuach. Las cinco primeras leguas de Heidelberg á Mannheim se hacen en camino de hierro y las cinco restantes de Mannheim á Dürkheim en calesín. Aquí el pasado y el porvenir aun se dan la mano.

En el mismo Mannheim no han fija-

do mi atencion otras cosas que los magníficos árboles que hay en el parque del castillo, un excelente hotel, el *Palatinado*; una bonita fuente churrigueresca en bronce, colocada en la plaza, y esta inscripcion en letras de oro, puesta en los cristales de un peluquero: GABINETE DONDE SE CORTAN LOS CABELLOS LO MISMO QUE LOS CORTA M. CHIRARD, DE PARIS.

CARTA XXVII.

Spira.

Etimología é historia.—El trigo.—El vino *ped-d' oison*.—La catedral.—Qué pensamiento se apodera en ella del viajero.—Detalle de los emperadores enterrados en Spira.—Fulgores que atraviesan las tinieblas de la historia.—1693.—1793.—*Acuérdate de Conrado.*

Orillas del Neckar, Octubre

¿Qué te diré de Spire ó *Speyer*, como la llaman los alemanes, ó *Spira*, como la llamaban los romanos? *Neomagus*, dice la leyenda. *Augusta Nemetun*, dice la historia. Es una ciudad ilustre. César acampó en ella, Druso la fortificó, Tácito habló de ella, los hunnos la quemaron, Constantino la reedificó, Juliano la agrandó, Dagoberto hizo allí de un templo de Mercurio un convento de San German. Oton I dió en ella á la cristianidad el primer torneo, Conrado el Sábio la hizo capital del imperio, Conrado II la hizo el sepulcro de los emperadores. Los templarios, que allí han dejado una bella ruina, llenaron en ella sus funciones de centinelas de las fronteras.

Todos los torrentes de hombres que han devastado y fecundado Europa han atravesado Spira; durante los primeros siglos, los vándalos y los alemanes (*todos los hombres*, hombres de todas las razas, dice la etimología); durante los últimos, los franceses. En la Edad Media, de 1125 á 1422, en el espacio de trescientos años, Spira ha sufrido once sitios. También la vieja ciudad carlovingia está profundamente quebrantada. Sus privilegios han caducado, su sangre y su poblacion han corrido por todas partes. Ella tuvo la cámara imperial que ha heredado Wetzlar, las Dietas cuyo elector reside al presente en Francfort. Ella tuvo treinta mil habitantes; ella ya no tiene más que ocho mil.

¿Quién se acuerda hoy del santo obispo Rudiger? ¿Por dónde corre el arroyo

Spira? Dónde está el pueblo Spira? ¿Qué se ha hecho de la iglesia alta de San Juan? ¿En qué estado ha quedado esa capilla de Olivet, que los antiguos registros llaman la *incomparable*? ¿En qué se ha trocado la admirable torre cuadrada de torrecillas angulares que dominaba la puerta del camino de Bac? ¿Qué vestigios quedan de San Vilduberg? ¿Dónde está la casa de la cámara imperial? ¿Dónde está el hotel de los asesores-abogados, *los cuales*, dice una vieja carta, *son los que hacen y administran justicia en nombre de la majestad imperial, de los electores y otros príncipes del Imperio, en el Consistorio público en todo el Imperio establecido por Carlos V?* De esta alta jurisdiccion, á la cual todas las otras estaban *sometidas y dependientes en última instancia*, ¿qué queda? Nada, ni aun el patíbulo de piedra de cuatro pilares en la pradera que orla el Rhin. El sol es el único que continúa tratando á Spira con tanta magnificencia como si ella fuese todavía la reina de las ciudades imperiales. El trigo proverbial de Spira es siempre tan bueno y tan dorado como en tiempo de Carlos V, y el excelente vino tinto *ped-d' oison* es siempre digno de ser bebido por príncipes-obispos con medias de escarlata y electores con sombrero de armiño.

La catedral, comenzada por Conrado I, continuada por Conrado II y Enrique III y terminada por Enrique IV en 1097, es uno de los más soberbios edificios que se han hecho en el siglo once. Conrado I lo dedicó, dicen los antiguos pergaminos, á la "bendita Virgen María". Hoy tiene una majestad incomparable. Ha resistido al tiempo, á los hombres, á las guerras, á los asaltos, á los incendios, á los motines, á las revoluciones y hasta á los embellecimientos de los príncipes-obispos de Spira y de Bruchsal. La he visitado; no te la detallaré, sin embargo. Aquí, como en la casa Ibach, yo no puedo decir que he visto la iglesia; tan absorto estaba por el pensamiento que para mí lo llenaba. No, yo no he visto el edificio, yo he visto ese pensamiento. Déjame decírtelo. Yo no sé ya más de lo demás; todo ha pasado ante mis ojos como una sombra. Busca si lo deseas en los itinerarios y en las monografías la descripción de la catedral de Spira; de mí no la obtendrás. Algo más alto y más magnífico aun se ha apoderado de mí en medio de la contemplacion de esa sombría arquitectura. Hasta aquí he tenido ya con frecuencia, y tendré aun á menudo, ocasion de mostrarte igle-

sias; esta vez déjame mostrarte á Dios. De 1024 á 1308, en el espacio de tres siglos, se ha ejecutado el pensamiento de Conrado II. De diez y ocho emperadores que han reinado en este intervalo, nueve han sido enterrados en la cripta que está debajo de la catedral de Spira. Cuanto á los otros nueve, Lotario II, Federico Barbaroja, Enrique IV, Oton IV, Federico II, Conrado IV, Guillermo, Ricardo de Cornouailles y Alfonso de Castilla, el destino no les otorgó esta augusta sepultura. El viento que sopla á los hombres en la hora de su muerte les ha llevado á otra parte.

De éstos, dos tan solo, que no eran alemanes, han tenido su tumba en su país natal; Ricardo de Cornouailles en Inglaterra y Alfonso de Castilla en España. Los otros han sido arrojados á los cuatro puntos cardinales; Lotario II al monasterio de Koenigslutter, Oton IV á Brunswick, Guillermo á Middelbourg, Enrique IV y Federico II á Palermo, Conrado IV á Poggi y Barbaroja en el Cydnus.

Barbaroja en particular, ese gran Barbaroja, dónde está? En el Cydnus, dice la historia; en Antioquia, dice la crónica; en la caverna de Kiffhœuser, dice la leyenda de Wurtemberg; en la gruta de Kaiserslantern, dice la leyenda del Rhin.

Los nueve césaes que descansan debajo las losas del ábside de Spira han sido casi todos gloriosos emperadores. El fundador de la catedral, el contemporáneo de Canuto el Grande, Conrado II, el que dividió la vieja Teutonia en seis clases, llamadas Escudos militares, *Clypei militares*, gerarquía que trastornó la Bula de Oro, pero que la Polonia adoptó y reflejó, de tal manera, que hasta en estos últimos siglos la constitucion republicana de Polonia, reproduciendo la antigua constitucion feudal de Alemania, era como un espejo que guardara la imágen despues que el objeto hubiese desaparecido. Lo eran Enrique III, que proclamó y mantuvo tres años la paz universal, prefiriendo á la guerra de pueblo á pueblo ese duelo de rey á rey, que él ofrece á Enrique I de Francia; despues Enrique IV, el vencedor de los sajones y el vencido de Gregorio VII; Enrique V, el aliado de Venecia; Conrado III, el amigo de las Dietas, que se calificaba *emperador de los romanos*; Felipe de Suavia, el formidable adversario de Inocente III. Lo era el triunfador de Ottocar, el exterminador de los burgraves, el fundador

de dinastías, el conde padre de los emperadores, Rodolfo de Hapsburgo. Lo era Adolfo de Nassau, el hombre valeroso, muerto de un hachazo en el campo de batalla. Lo era, en fin, su enemigo, su competidor, su matador, Alberto de Austria, que se hacia servir la mesa por el rey de Bohemia con la corona en la cabeza; que suprimia los portazgos y domaba, empuñando la maza de hierro, los cuatro formidables electores del Rhin; príncipe exagerado en todo, en su ambición como en su poder, al que Bonifacio VIII daba una mañana el reino de Francia; si bien, ante un presente semejante, no se sabe qué admirar más, si al Papa, que tuvo la audacia de ofrecerlo, ó al emperador, que tuvo la audacia de aceptarlo.

Ay de mí! ¿hay algo más parecido á los sueños que esas grandezas? ¡y cómo se parecen todas por las miserias que encierran en el fondo! Alberto de Austria, en Gellheim, cerca de Maguncia, mató por su propia mano á su primo y á su emperador, Adolfo de Nassau; diez años más tarde Juan de Hapsbourg mata, en Vindisch-sur-la-Reuss, á su tío y á su emperador, Alberto de Austria. Alberto, que era tuerto y feo, y aconsejado, decia Bonifacio VIII, por una mujer de sangre de víbora, *sanguine viperali*, fué nombrado el *Regicida*; Juan fué llamado el *Parricida*.

Como quiera que sea, todos esos príncipes, los buenos, los medianos y los malos, enterrados lado por lado, confundian, por decirlo así, la diversidad de sus destinos en la gloria de las armas, peculiar á algunos, y en el esplendor del imperio, comun á todos, y yacian todos en la cripta de Spira, envueltos en la misteriosa majestad de la muerte. Para toda Alemania rodeaba una especie de superstición nacional á esos emperadores dormidos. Los pueblos, que tienen todos los instintos pendencieros y revoltosos de los niños, aborrecen cordialmente el poder que se mantiene en pié y está vivo, porque es poder, porque se halla en pié y porque se encuentra vivo. *Los de Flandes*, dice Felipe de Commines, *aman siempre al hijo de su príncipe; á su príncipe, nunca*. El obispo de Olmutz escribia al Papa Gregorio X: *Volunt imperatorem, sed potentiam abhorrent*. Pero cuando el poder se pierde, se le ama; cuando es vencido, se le admira; cuando muere, se le respeta. Nada habia más grande, más augusto y más sagrado en Alemania y en Europa que esas nueve tumbas imperiales cubiertas con el triple velo del

silencio, de la noche y de la veneración.

Quién rompió ese silencio? ¿Quién turbó esa noche? ¿Quién profanó esa veneración? Escucha.

En 1693, Luis XIV envió bruscamente al Palatinado un ejército mandado por hombres cuyos nombres se pueden leer aun en la *Gaceta de los entresuelos del Louvre*: "EJÉRCITO DE ALEMANIA, 11 de Abril. — Mariscal de Boufflers, mariscal duque de Lorges, mariscal de Choiseul. — *Tenientes generales*: Marqués de Chamilly, marqués de la Feuillée, marqués de Uxelles, milord Mountcassel, marqués de Revel, señor de la Bretesche, marqués de Villars, señor de Melac. — *Mariscales de campo*: Duque de la Ferté, señor de Barbezieres, conde de Bourg, marqués de Alegre, marqués de Vaubecourt, conde de Saint-Fremont."

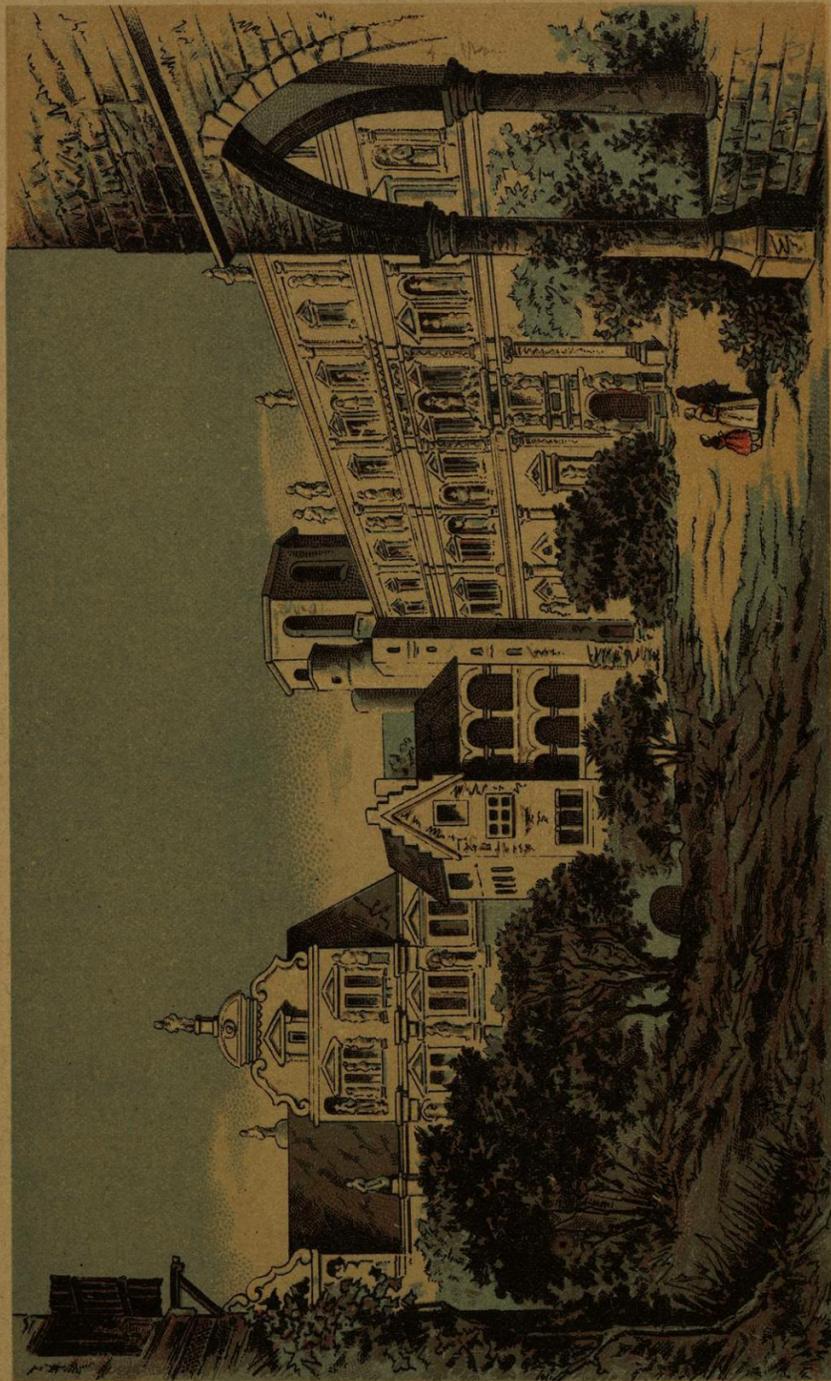
La civilización comenzaba entonces á echar un manto por todas partes sobre la barbarie, pero la cubierta era poco espesa todavía. A la menor sacudida, á la primera guerra se rompía, y la barbarie, encontrando un boquete abierto, se esparcía por todas partes. Esto es lo que sucedió en la guerra del Palatinado.

El ejército del gran rey entró en Spira. Todo estaba allí cerrado, las casas, la iglesia, las tumbas. Los soldados abrieron las puertas de las casas, abrieron las puertas de la iglesia y rompieron las piedras de las tumbas.

Violaron la familia, violaron la religión, violaron la muerte.

Los dos primeros crímenes eran casi crímenes ordinarios. La guerra, en esos tiempos que alguna vez admiramos demasiado, habia acostumbrado á los hombres á presenciarlos. El último era un atentado monstruoso.

La muerte fué violada, y con la muerte, cosa que no se habia visto aun, la majestad real, y con la majestad real toda la historia de un gran pueblo, todo el pasado de un gran imperio. Los soldados escudriñaron las tumbas, arrancaron los sudarios, robaron á los esqueletos, majestades que dormian, sus cetros de oro, sus coronas de pedrerías, sus anillos que habian sellado la paz y la guerra, sus estandartes de investidura, *hastas vexilliferas*. Vendieron á los judíos lo que los Papas habian bendecido. Hicieron cambalaches con aquellas púrpuras hechas girones y aquellas grandezas cubiertas de cenizas. Entresacaron con cuidado el oro, los diamantes y las perlas, y cuando ya no quedó nada de precioso en aquellos sepulcros, cuando ya



PÁTIO INTERIOR DEL CASTILLO DE HEIDELBERG